

MARCHA EN TRINEO.

Ya es tarde, niña de mi alma... Mis caballos piafan de impaciencia. tascan el freno, cocean y mueven la cabeza de uno á otro lado, esperando la voz de marcha que les haga partir.

Mi corazón palpita acongojado, mi vista tropieza en tu mirada, mi aliento se detiene por tu boca... aguardo tu presencia en mi trineo.

Ven, niña, no tardes... La hora de partida ha sonado, la noche se aproxima, la luna empieza á salir... Realidad de mis sueños, sube hasta aquí.

Oh, gracias, gracias mil... Hola, Cosaco, á la carrera... Artef, cabalga sin cesar... Pero llevad con cuidado mi trineo, que llevo conmigo mi tesoro...

Cariño de mi alma, acércate... ¿tienes frío, me dices? ¿tiemblas?... Mis sienes arden sin embargo, y mi brazo de guerrero se encuentra dispuesto á conquistar al mundo por una sola sonrisa de tus húmedos labios.

¡Eh, Artef, cuidado! Precipitas el paso y estamos todavía en los muros de la ciudad... te ofuscas, noble amigo... ¡oh, también me ciego yo con la preciosa joya que conduzco!

¡Wara! (1) Cuantas ilusiones ofrece tu nombre... un mundo de esperanzas, un mundo de caricias... Acércate, acércate á mi lado. La nieve salpica hasta los ojos, y si un copo cayera en tu rostro, sombrearía por un momento la palidez de tus mejillas.

La luna se eleva en el espacio, blanca, livida, como un fantasma de la noche. A lo lejos vagan indecisas las luces de la ciudad: ¿cuántos amores presenciarán esas luces!... Aquí... hola, Cosaco, guarda tu bravura para combatir en el desierto, y deja al ardoroso Artef que ha lamido tantas veces la mano de su dueño.

¿Qué hermosa es la marcha, no es verdad, Wara? A uno y otro lado nieve, siempre nieve, más blanca por la nitidez de la luna. A lo lejos, montañas. De vez en cuando un árbol medio tronchado... Aquí un trineo, una mirada, un volcan, dos caballos que levantan á su paso un remolino de copos.

El ruido á lo lejos no existe: ni un trueno, ni un murmullo... Acá, el gemido de mi canto, las ruedas que saltan, las pisadas de mis corceles... ¿escuchas?... y luego nada la calma, el susurro del silencio.

Ya estamos lejos de las últimas viviendas... Cosaco, á galope... Artef, como el vuelo del águila... Mi mano afloja las riendas, chasca mi látigo... ¡bien, valientes, adelante!... Embriagados como yo me embriago respirando el aroma de la inocencia.

Wara, tus padres te acostumbraron á esta marcha, y no puedes sostenerte en tu asiento... al hierro, oprime el hierro con tu mano... Mi pecho, endurecido en mil combates, está intran-

quilo también... ¡Bravo, Artef! ¡Bravo, Cosaco! Seguid en línea recta, marchad, no respirad apenas, que la atmósfera es fría y así se enardece la sangre.

¡Ya no vemos nada en torno nuestro!... ¿No corre la luna delante de nosotros?... Sí, mis caballos, sí, huye de vuestro empuje y se aleja confundida á sus montañas... ¡Hurra! Corramos, corramos electrizados con el fanatismo de la desesperación, y logremos aprisionarla al fin de la jornada.

Wara, recoge tu velo que se rasga en mil hilillos con el furor de la carrera... Así mi corazón salta á pedazos... ¡Adelante, hijos de la niebla, adelante! No volvais la cabeza porque la virgen de los ojos azules murmure una palabra... Corred, marchad embravecidos, y olvidad el murmullo que pasó, para cumplir el mando que os llevará hasta el fin.

Wara: ¿te levantas? Ah, te entusiasmas como yo... es tan dulce esta carrera... ya no vemos la nieve, ni el camino, ni el cielo; ni un ruido, ni un acento... todo es vaguedad, sueño, indecisión y olvido... ¡y marchar á tu lado!... Adelante, agita más todavía vuestras brillantes crines, no respireis apenas; seguid sin deteneros, que ella lo quiere como lo quiero yo.

Wara ¿me comprendes? ¿no es cierto?... Es el panorama que hemos soñado, el ideal de nuestra vida, sin formas, ni existencias... somos dos sombras de la noche cuyos pliegues se envuelven en un rayo de la luna sin perfilar sus contornos!

Mi acento es bronco, apenas puedo gritar... ¡Romped vuestras riendas, rasgad vuestro pecho, haced mil pedazos en vuestro camino, pero seguid, corred con la impetuosidad de una imaginación calenturienta!

Wara, acércate, más, más... esos ojos que fijan en mí están llenos de lágrimas... y no son las lágrimas del frío: ¿no veo una gota de sudor en tu frente?... Ven, acércate; yo debo llorar como tú... Dímelo, dímelo: ¿lloro?... ¡sí!... ¡es que lloramos de amor!

¡Cosaco, Artef! ¡Cuidado!... El abismo, el abismo del torrente y estáis á la carrera... Wara, á mí!... Las riendas me han caído y no puedo bajar á cogerlas... ¡Amigos, amigos, parad!... ¿no oís?... el abismo... el abismo: se acercan, más no oyen, y se aproximan al torrente con una rapidez vertiginosa.

¡Perdidos! ¡Y tú Wara, sin poder salvarte!... Ángel de mis ensueños... no poder arrojarlos... Si yo pereciere solo, pero las riendas, las riendas van por el aire... y el abismo que se acerca!

No hay remedio... ¡Wara, ven á mí! Acércate: tú me atraes á la vez... dice que quieres morir á mi lado... ¡y morir cuando quieres hacerlo conmigo!... Y el abismo ¿no lo ves? ¡nos ofrece su sombra misteriosa!

(1) Wara, nombre ruso que significa *Fé*.

Wara.... ¡Amor de mi existencia!.. ¿Tú me quieres? ¿Tú quieres morir conmigo?... Venir á mí, cuando concluyo.... El torrente muge... ¡Oh! ¡si Cosaco pasara por el camino!

¡Y ese ruido que no calla!... Wara, hasta ahora no he besado tu frente... Estás pálida, me miras, te acercas... y ese ruido mas sordo cada vez!

Aquí, á mis brazos; estamos en la orilla... Un minuto, un instante... mi amor... mi dueño... Una lágrima en mi rostro... un beso, un beso... hasta siempre... ¡jamás nos separaremos ya!...

Wara, Wara... ¡Cosaco, Artef!... ¡Estamos salvados!... ¡Ah, mis buenos amigos, mis bravos corceles... parad, parad un momento, que quiero enlazar vuestro cuello con mis brazos!

Lo ves, se detienen... Han oído la voz de su dueño y modifican la marcha.... más despacio, más despacio cada vez: el ruido del torrente se pierde por instantes... Se han detenido... Espera, voy á bajar.

¡Ah! mis buenos amigos; estais jadeando.... Una atmósfera de vapor envuelve vuestra cabeza... vuestro pecho está cubierto de espuma.... ¡Oh, gracias, gracias mill! sois tan buenos para mí!....

Cosaco, buen Cosaco... Tus crines están erizadas... ¿qué te pasa, pobre animal?... Vamos, perdóname... Ya veo que me tienes el mismo cariño de siempre y tus ojos me miran con fijeza

Artef, excelente Artef... ¡Tú, uncido por primera vez á mi trineo, me has salvado también!... ¡Estás rendido de tu carrera, amigo mio?... ¡Ah, escuchas, escuchas: inclinas tu cabeza inteligente y la rozas con mi pecho, para asegurarte de que late por tu cariño!... ¿no es cierto acaso?...

Adios, mis buenos amigos; hasta luego: marchemos más tranquilos, que lleváis con vosotros un mundo de riquezas... ..

—¿Te has sentado, Wara?... Haces bien; tu pecho está conmovido y me miras á la frente llorando todavía... Abrigate, recoge el manto abandonado... hace frio...

Vamos, Artef.... Vamos, Cosaco. Adelante, pues; pero dejad el galope, que la ciudad no está lejos.

La luna brilla de nuevo en toda su plenitud: la nieve oculta el menor vestigio del camino: las montañas quedan á nuestra espalda, envueltas en un manto blanquecino... El viento sopla á intervalos, levantando remolinos de copos; las ruedas del trineo se incrustan en la nieve y los pies de mis caballos chascan en la senda, como gotas de granizo que van cayendo en el agua de un estanque.

¡Oh, cuan bella es la luna que ilumina tus contornos, ese aire que hace ondular los pliegues de tu velo, esos copos que se oscurecen en tus pálidas mejillas; esos rumores del viento que corre, del trineo que marcha, de mi voz que te habla... La noche tiene su encanto en todas partes, pero como en el desierto, en ninguna.

¡Wara, me asombra tu silencio!... Tus ojos no me miran, tu boca no sonríe... ¿qué te pasa?—Te hablo y bajas al suelo tu alabastrina frente... ¿Estás mala? ¿has sufrido algo estando á milado?... Tus mejillas de nítida blancura se colorean con el matiz del rubor... Tu pecho se agita. Tu boca se

entreabre y exhalas con pesar ese aliento húmedo, como si no pudieras contener el sollozo que te se escapa!... ¡Oh, dime, dime! ¿por qué sufres, niña?

¡Me miras con esa tierna languidez de una mujer que sufre!... Me miras y bajas la cabeza á mi pesar. Las lágrimas se escapan de tus ojos... lloras, te hablo y no me quieres contestar...

¡Cosaco!!! ¡Artef! Volad nuevamente á la ciudad, despedazadme si podeis, que la pregunto su pesar y nada me contesta... ¡Corred de mi lado, arrastradme, huid, que me ahoga una cosa y quisiera rasgarme la garganta para aliviar mi dolor!

¡Marchad! y que vuestra carrera avergüence la carrera del viento... Si encontrais otro abismo, precipitaos en vuestra locura... Pero nó, nó, ¡templad vuestro delirio, que mi corazón no gime solo en mi trineo!

La luna ha tomado un color de escarlata: parece que derrama lágrimas de sangre... y la sangre cae sobre la nieve... y las montañas están rojizas también, y Artef está teñido del mismo color, y las fauces de Cosaco destilan gota á gota la sangre de sus venas, y mis manos gotean más sangre... y Wara... ella... ¡nó! ¡Es mentira! ¡Es que me ciega la locura! ¡es que la sangre está en mis ojos!...

¿Qué es esto? ¿por qué os parais?... ¡Ah, es que ha llegado vuestra casa!... Pobres amigos míos: ¿no sabéis que os reventaré, pero huiré de este lado, porque ella llora en mi presencia?...

¡Wara, Wara? Estás frente á tu casa: ¿quieres bajar?

Dios mio, me ha mirado: sus ojos ya no lloran, su boca me sonríe, se levanta, viene á mí... te apoyas en mi hombro, me hablas, me hablas... ¡Oh, bendita seas, Wara, bendita seas!...

¡Buen Artef, buen Cosaco! ¿Sabéis que ya no tengo necesidad de partir de su lado?... ¡Piaf, dejad que os dé la libertad que tanto amais... Esta lanza y no más, buen Cosaco... el trineo ha quedado en el suelo... —Hola, amigos míos, llegad con vuestras teas, pronto, pronto, é iluminad mi vivienda que mi corazón palpita con más gozo que nunca.

Así... Arrojad gritos de entusiasmo, porque vuelvo feliz... y unid á vuestros vítores el dulce nombre de Wara, en quien tendreis para siempre á mi señora.

HISTORIETA.

I.

Cuando fiel á su destino el astro los campos dora, decía así un peregrino á una agraciada pastora:

—Contesta, hechicera niña; dime, quién tu dicha labra al juglar en la campiña con tu blanquísima cabra?

—Si de pequeña lo he hecho, contestó con alegría: ¿cómo no hacerlo, si el pecho late tranquilo en el día?...

Bajó hacia el suelo la frente

meditabundo el buen viejo,
y la niña dulcemente
vió de una perla el reflejo.

Y apoyado en el cayado
que apartaba la maleza,
dejó vacilante el prado
sin levantar la cabeza.

II.

Cuando fiel á su destino
el sol la pradera baña,
decía así el peregrino
al volver de la montaña:

—Contesta, hechicera niña;
¿quién tu desventura labra
al dejar en la campiña
abandonada la cabra?

—Ya tantas veces lo he hecho,
contestó, pensando amante
en quien destruyó mi pecho
con su voz y su semblante...

Bajó hacía el suelo la frente
entristecido el buen viejo,
y vió al caer débilmente
de una lágrima el reflejo.

Y apoyado en el cayado
sin levantar su cabeza,
fué separando en el prado
el césped de la maleza.

III.

Cuando fiel á su destino
el astro la vegadora,
volvió el viejo peregrino
á buscar á la pastora.

—¿Dónde está, dice, la niña
del rostro más hechicero?...
Y muéstranle en la campiña
de su vivienda el sendero.

Y del sol al tibio brillo
vió cual losa funeraria,
encima de un montecillo,
triste una cruz solitaria.

Bajó hacía el suelo la frente
ante el frío monumento,
y sus labios torpemente
exhalaban un lamento.

Y apoyado en el cayado
que apartaba la maleza,
fué alejándose del prado
sin levantar la cabeza.

CARMEN.

(Continuación.)

Figuraos por un momento á una de esas hermosuras magníficas, exuberantes que nacen en esa tierra de amor llamada Andalucía unido á esa languidez y ternura que distingue á las hijas de los países del Norte. Sus ojos traviosos, maliciosos, melancólicos á veces, parecían jugar con el corazón de sus oyentes; su boca húmeda, de labios delgados, movibles siempre, ofrecían una caricia arrebatadora que no se concebía sin perder al instante la cabeza; pero en la delicadeza de sus maneras, en la palidez de sus facciones, en la fragancia de su presencia, había una cosa indefi-

nible, vagorosa, que hacía enmudecer al atrevido: atraía é infundía respeto al mismo tiempo.

Al hablarla me sentí trastornado, yo, indiferente para tantas mujeres como había visto en mi paso por la vida: ella me miraba tan bien y hubiera jurado que se dolía de mí, cuando sus ojos me buscaban en aquella juventud que bullía enredor.

Eduardo me arrastró consigo al salón de fumar. No puedo olvidar la conversacion que tuvimos entre los dos: él me hablaba de una joven que me había señalado al entrar, y á quien pensaba declararse muy en breve; yo le preguntaba por la hermosa extranjera que tanto me había conmovido desde el primer momento. Sin embargo, me acuerdo que él sonreía alguna vez á mis preguntas y yo le miraba, ó volvía á observar en mi distracción los caprichosos dibujos de la lujosa alfombra.

La señal de baile nos hizo levantar á todos. En aquel momento hubiera dado mi vida entera por encontrarme lejos de aquel lugar. Tenía celos de que alguno pudiera sacarla á bailar, y la busqué entre las primeras parejas: estaba rodeada de un círculo de jóvenes, pero sus ojos se fijaban en los míos, y enloqueciera de nuevo, si hubiera podido olvidar por un momento la primera impresion que en mi ánimo había producido.

Noté que el círculo de jóvenes disminuía cada vez más: algunos se acercaban, le invitaban sin duda á danzar; pero los despedía con una sonrisa y una leve inclinacion de cabeza, murmurando en voz baja unas palabras misteriosas que no pude comprender; los jóvenes parecían ceder á su leve indicacion, y se dirigían á buscar nuevas parejas...

Sonaron los primeros violines, hubo un momento de ansiedad, la armonía dulce al principio fué animándose poco á poco como una niña que empieza á querer, y un momento despues el ruido se había extinguido en un susurro, la luz estaba opaca, velada por la atmósfera de mil pechos anhelantes que latían acongojados de pasión.

Cármén se había sentado en la sombra de una de las ventanas que creo haberos citado. Esperé á que todos tomaran parte en la danza, ó se retirasen á sus acostumbradas tertulias, y cuando vi que nadie me observaba miré á la niña, y me acerqué lentamente con la turbacion del enamorado que se decide á declararse por primera vez.

—¿Me permite V., señorita? le dije señalándole el sillón que al lado tenía.

—Es V. libre, respondió; pero si de mí dependiera el permiso, se lo concedería á V. con el mayor gusto.

—Mil gracias, señorita, contesté á mi vez y quedé turbado, turbado sin atreverme á dirigirle la palabra.

—¿No baila V., caballero? me dijo con aquella sonrisa que valía un mundo.

—Muy poco, señorita. Algunas veces un compromiso, una niña que no encuentra pareja, me decide á bailar; pero solo en estos casos doy unas vueltas por el salón.

—¿Y sin embargo, el baile es tan dulce!...

—¿Le gusta á V.?... Si yo me atreviera...

—¿Vamos! Yo quisiera de V. una pequeña fran-

queza: al fin y al cabo somos antiguos amigos, y tenía entendido que conocía un poquito sus más secretos pensamientos... No me vaya V. á decir que me he engañado, porque sería una triste decepcion.

—¡Oh! ¡Cuán feliz me hace V., dije tomando aquel tono ligero que parecía adoptar, pero cuán desgraciado al tener que desengañarla! ¡Qué son las composiciones mías, más felices por cierto que su autor, pues le vieron á V. primero? Quejidos de un alma que sufría, que iba perdiendo sus ilusiones una á una. ¿Y es este el estado de mi corazón?—No, porque el corazón no estaba muerto, le faltaba una flor, la flor de mi esperanza, y cuando la encontrara en mi camino, mis ilusiones todas volverían con ella.

(Se continuará.)

SECCION GENERAL.

NOMBRES DE MUJERES.

III.

Dices que yo no te amé desde el día en que nací, como á tus plantas juré: pues oye mi voz, y ve que siempre gocé por ti.

Recuerdo muy vagamente fué, cual pasión infinita de todo pecho que siente, la buena madre bendita que me besaba en la frente. Tan tierna la concebí, que no comprende el dolor pudiera morir sin mí... y en aquel primer amor empecé á quererte á ti.

Después al verla Borosa pedir por su pobre hijo ante una cruz fervorosa, pedía yo al Crucifijo por mi madre dolorosa. Y tan dulce le rogué que mirase por los dos, que su respuesta esperé, y en aquel amor á Dios por segunda vez te amé.

Más tarde, al sentir su duelo fué tan acerbo mi llanto, que solo encontré consuelo con ver en su camposanto las nubecillas del cielo.

Y tanto y tanto viví en la azulada región, que el dulce alivio sentí... y quien calmó mi aflicción fué sólo mi amor á ti.

Después sentí de mi historia los primeros desengaños: sólo guarde en mi memoria para otros futuros años días felices de gloria.

Y tanto en ella pensé, que se entibió mi emoción por el sufrir que soñé,... y en mi amor á una visión de nuevo, niña, te amé.

Hoy esa esencia olvidada á tus plantas me arrodillo con el alma apenada, esperando solo el brillo de tu divina mirada.

Que si es verdad no te hablé hasta el día en que te vi, es cierto, como juré, que siempre, siempre te amé desde el día en que nací,

CHARADITA.

Vete, todo, vete;
A sus manos lleva
Mis dulces suspiros,
Mis tristes ternezas:
Camina y no pares,
Cruza la *dos tercía*,
Y cuando te mires
Por fin en su aldea,
En *prima y segunda*
Detente y espera.
Después, si responde
La niña á mis quejas,
Vuelve al lado mío,
Huyendo á las flechas
Del *tercia y segunda*,
Cazador que acecha.
Vete, todo, vete,
Y en sus manos deja
Mis tristes suspiros,
Mis tiernas endechas.

GEROGLIFICO.

S^{ITT} 999.999—99 S^{ITT}
55.555—55 11.111—11

SOLUCIONES.

Nombres de mujeres: I. *Concepción*.—Concha. II. *Alma*.
Charada; *Enamorada*.

Geroglífico.—*El vacío es el vacío,
lo infinito tiene igual,
mas el año en que vivimos
no podemos igualar.*

LA VELADA,

PERIÓDICO LITERARIO.

Se publica los días 5, 15 y 25 de cada mes.

Suscripción. Tres meses en Madrid... 4 reales.

Trimestre en provincias... 5

Administración: Humilladero, 3, principal, donde puede dirigirse la correspondencia.

El cange de nuestro periódico tendrá lugar en la Administración, Humilladero, 3, principal. Lo advertimos á nuestros colegas para que no lo confundan con el buzón de *La Cooperación*.

IMPRESA DE LA ASOCIACION GENERAL DEL ARTE DE IMPRIMIR,
calle del Soladillo, número 3.